

Para una multitud de minorías

Javier Pérez Iglesias

Algo que me fascina de las bibliotecas es la idea de que son un bien público, pagado por todos, cuyo uso revierte en beneficio de toda la sociedad. En esta época de desprestigio de lo gratuito, de descrédito de las soluciones igualitarias, cuando parece que pagar según los ingresos y usar según las necesidades es un timo, la biblioteca pública me parece una institución modélica.

Pero además, sus principios programáticos, avalados por organismos internacionales y asociaciones profesionales, insisten en pensar sus colecciones, sus servicios y sus instalaciones para que nadie quede excluido de sus prestaciones por motivos relacionados con la edad, el sexo, la condición social, el origen étnico o cualquier otro contingente que afecte a nuestra existencia. Me parece que cuando se fraguó la idea de biblioteca pública el diablo dormía, el mercado era un sitio para comprar alimentos y la fe en la perfectibilidad del ser humano era el telón de fondo de nuestra organización social. Y sin embargo, las bibliotecas existen en nuestras vidas aunque no vivamos en un mundo de cuento.

Su labor, con poca o nula presencia mediática, se deja sentir en barrios, pueblos y ciudades siempre que se den las condiciones para su existencia.

La verdad es que no llevan mucho tiempo entre nosotros. A finales del XIX podemos encontrar su germen en el mundo anglosajón pero con un tufillo de adoctrinamiento (a ver si los pobres leen lo que les proponemos y dejan de querer hacer la revolución) o de paternalismo (mejor que estén aquí calentitos leyendo y no dándole al alcohol en la taberna). Ya en el siglo XX, a partir de la segunda mitad, se define a las bibliotecas públicas como instrumentos democratizadores que permiten a toda la sociedad satisfacer sus necesidades educativas, culturales y de información. Desde el siglo pasado se han ido configurando como las instituciones que conocemos ahora, si tenemos la suerte de que alguna esté próxima y lo sepamos y decidamos hacerla parte de nuestra vida.

No es poca cosa, los obstáculos para que tengamos una biblioteca pública cerca de nuestra casa (con su personal cualificado, su colección bien construida, sus instalaciones a punto y sus servicios adecuados a la población a la que debe atender) todavía son abundantes en muchos lugares del Estado. Donde existen, el esfuerzo que queda es aún grande para que todo el mundo las conozca y sienta el deseo de utilizarlas.

Así que ya de entrada, por problemas relacionados con voluntades políticas y cuestiones presupuestarias, mucha gente queda al margen de las bibliotecas. Debo reconocer que me atraen los márgenes. No puedo dejar de fijarme en toda esa gente que queda glosada a los lados del texto bibliotecario que se escribe desde las instituciones.

Pero aún contando con todas esas lagunas y ausencias, el hecho es que en muchos lugares las bibliotecas públicas están ahí con su potencial y su capacidad de transformación social.

A esa posibilidad de cambio, a ese papel de agente transformador de nuestra realidad personal y social, es a donde viajan mis ideas cuando pienso en las bibliotecas.

Crear un servicio cultural con vocación de llegar a todo el mundo es, en sí mismo, loable. Si le añadimos que con su actividad propician el pensamiento crítico y ayudan a que nuestra visión del mundo sea menos simplista se convierten en un lujo imprescindible. Sí, yo vengo de una

tradicción en la que hay lujos imprescindibles y creo que en cuestiones de justicia social todo lo barato es caro.

No se han realizado muchos estudios de usuarios en el Estado español, pero por los datos disponibles sabemos que una gran parte de la población no acude nunca a la biblioteca. Para muchos sería verdaderamente difícil, aún en el caso de que se lo plantearan, porque no todo el mundo dispone de una biblioteca cerca, ya lo hemos apuntado, y una gran parte de la población desconoce que pueda encontrar allí algo que le interese.

En todo caso, cuando ocurre que las bibliotecas están ahí, su intención es dar servicio a todo el mundo, a toda la sociedad, y uno de los aspectos fundamentales para desarrollar su trabajo es pensar en qué consiste ese "todo el mundo".

La biblioteca pública no puede permanecer ajena a la diversidad de la sociedad a la que atiende. Ni las familias son de un único tipo, ni procedemos todos de las mismas tradiciones, ni nuestros deseos y afectos tienen el mismo patrón. Estas diferencias afectan a nuestras necesidades de información, a nuestras curiosidades, a nuestra percepción de lo que es o no es para nosotros.

No se trata tanto de que la biblioteca ofrezca servicios para un grupo o sector de usuarios, que también, sino de que todos podamos entrar en contacto con otras realidades. Cuando una biblioteca promueve una actividad en torno a un grupo específico de usuarios está también favoreciendo que el resto de las personas que acuden allí puedan tener más información sobre cuestiones que quizá desconozcan. Cuando se seleccionan documentos sobre un determinado tema relacionado con un grupo específico (inmigrantes, gitanos, transexuales, lesbianas o gays por poner algunos ejemplos) esos fondos están ahí, a disposición de todos, para poder ampliar nuestra visión de las cosas, para ayudar a desmontar prejuicios y a que nos cuestionemos tópicos.

En realidad, nuestra sociedad está formada por muchos grupos, muchas identidades que interactúan. Somos el producto de mezclas, intoxicaciones, contaminaciones... La idea de mayoría puede ser revisitada teniendo en cuenta que está formada por múltiples minorías y que todas ellas dan sentido a lo que somos y a lo que entendemos como nues-

tra sociedad. Claro que podemos poner el énfasis en lo que nos separa o fijarnos más en lo que nos une. Me gusta pensar que las bibliotecas van por la vía de lo que nos une. Su objetivo de dar información fiable y contrastada, de recoger diferentes puntos de vista, hace que sean instrumentos privilegiados para socavar ideas preconcebidas y aligerar fobias. Es una labor que tiene que ver con saber o poder mirar al otro pero, también, con ver cómo "el otro" es una parte sustancial de la sociedad, que afecta a cómo nos vemos nosotros mismos.

Y me parece que la biblioteca pública debe entrar en ese terreno con todos sus inconvenientes. Es fácil que haya gente que se resista por ver incluido en una institución pública algo que considera ofensivo. Pero se puede dar una voltereta por encima de los prejuicios y decir como aquella bibliotecaria norteamericana: "Esta biblioteca contiene libros que pueden ofender a alguien. Si no se siente ofendido por ningún documento coméntenoslo e intentaremos arreglarlo".

Partiendo de la defensa de la libertad intelectual y del rechazo de la censura, podemos construir espacios, físicos y virtuales, en donde experimentar una sociedad diversa en la que, más que apelar a la tolerancia, podamos lograr el respeto por todo lo que aportan y enriquecen nuestra vida en común los que no son como nosotros.

Las bibliotecas se han ganado cierta fama de instituciones "neutrales". Los profesionales hemos cultivado y desarrollado la habilidad para presentar materiales, diseñar sistemas de acceso a los mismos y desaparecer. Hay un amplio consenso en respetar la libertad de nuestros usuarios, cosa que está muy bien, pero necesitamos un paso más: debemos ser capaces de proponer, de aconsejar, de comprometernos.

Si no aceptamos que la sección de álbumes quede reducida a los títulos que publica Disney no podemos aceptar que el resto de la colección o las actividades programadas se dirijan a una hipotética mayoría formada por jóvenes, blancos, sanos y de clase media. Nuestras selecciones de documentos, nuestra forma de presentarlos a los usuarios, la manera de clasificarlos y de hacerlos accesibles, todo ello son tareas estrictamente bibliotecarias que suponen tomar partido. Al diseñar la biblioteca estamos actuando, tomando decisiones que tienen implicaciones políticas y sociales.

No creo que la biblioteca pública sea buena en sí misma. Es como lo que ocurre con la lectura. A pesar de que lo hemos oído muchas veces no creo que cualquier libro sea bueno ni que el mero hecho de leer nos haga mejores.

Nos parece bueno que la gente lea porque le reconocemos a la lectura unas posibilidades de crecimiento personal que pueden tener implicaciones en la sociedad. Con las bibliotecas ocurre algo similar. No me interesan las bibliotecas como templos del saber si sólo van a estar ahí para los iniciados. Tampoco unas instalaciones modernas, equipadas a la última, son garantía de un buen servicio. En nuestros días, es irrenunciable el uso de ordenadores pero todos los qué, para qué y para quién son igualmente importantes. Necesitamos bibliotecas y profesionales valientes que se preocupen por los fenómenos de exclusión, que miren hacia todo lo que se les ha ido hacia los márgenes, que sepan enfrentarse a los retos que tiene nuestra sociedad. Afortunadamente ya las hay aunque nos gustaría que se multiplicaran.

A pesar de que en las bibliotecas se realizan muchas tareas iguales y se ofrecen servicios y productos similares, cada centro es específico. El lugar en el que está, su entorno, y los profesionales que las atienden hacen que cada biblioteca sea un lugar especial. El milagro es que podemos ir de unas bibliotecas a otras y encontrar la misma buena acogida, el mismo afán de servicio, el mismo cuidado en la atención que nos prestan. Me gusta pensar que llegaremos a tejer una red de bibliotecas en la que nadie va a quedar fuera. Será un tejido múltiple y variado para atender a una sociedad formada por una multitud de minorías.

Javier Pérez Iglesias

Bibliotecario de la Universidad Complutense de Madrid